

XIV Jornadas de Investigación y Tercer Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2007.

Identidad y relato: una lectura del caso Bill.

Vino, Noemí Amelia.

Cita:

Vino, Noemí Amelia (2007). *Identidad y relato: una lectura del caso Bill*. XIV Jornadas de Investigación y Tercer Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-073/157>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/e8Ps/KyX>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

IDENTIDAD Y RELATO: UNA LECTURA DEL CASO BILL

Vino, Noemí Amelia
Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

Este trabajo señala los puntos más relevantes de la constitución de la identidad a partir de los aspectos dialógicos aportados por el relato. El texto de base elaborado por Masud Khan es un caso, es decir un fragmento biográfico en el que Bill, el personaje, se va construyendo a partir del relato de su vida. Relato de su madre, relato de sí mismo, relato del terapeuta. El sujeto se va construyendo en la trama de su propia visión de sí, de las creencias acerca de sí que atribuye a los otros y de las percepciones del terapeuta sobre ambas. El juego entre la construcción planificada de Bill y la deconstrucción del terapeuta es constante y muestra la dinámica entre el falso self y el auténtico. El caso Bill es el recorrido de ese camino en constante tensión entre el compromiso con los demás y la libertad y el aislamiento. La integración de la propia vida en un relato coherente es un trabajo, y un trabajo necesario si se quiere mantener la cordura. Por eso, se busca indagar en qué medida el texto de Masud Khan es el relato de ese trabajo.

Palabras clave

Relato Falso-self Biografía Identidad

ABSTRACT

IDENTITY AND NARRATIVE: READING OF BILL CASE

This paper points out relevant aspects of identity's constitution basing on dialogical features. The analyzed text was written by Masud Khan and it's a "case", that is, a biographical fragment of Bill life. Through it, the character get to build himself. Story of his life is his mother narration, his own narration, the therapist narration. The subject constructs himself using his experience, his believes about him and the believes that he attributes to an others. There is a constant play between Bill construction and therapist deconstruction. And it shows to dynamic "false" self- "authentic" self. Bill case is a strained way between engagement with the others and freedom and isolation. Biography is to compose the life in a text. That's a hard work. Without it, it's impossible to keep a common sense. For that, this paper seeks to inquiry this work in the therapy story wrote by Masud Khan.

Key words

Identity Relate False-self Biography

Identidad y relato "El relato es la dimensión lingüística que proporcionamos a la dimensión temporal de la vida" (Paul Ricoeur) En su libro *Las fuentes del yo* Charles Taylor indaga el surgimiento de concepto moderno de individuo ligado a la génesis de la idea del yo. Según este autor, la tradición racionalista occidental que comienza en Platón y Sócrates desemboca en la concepción del individuo como un yo aislado, desligado, capaz de abstraerse del entorno. Esta tendencia, que Taylor llama "reducción naturalista", hace olvidar que ese entorno está ineludiblemente conectado al significado de la vida y a la construcción de la identidad. "Tener identidad -afirma- es estar orientado en el espacio moral" y la metáfora espacial sugiere, sin duda, el contenido relacional de esta definición: se está orientado siempre con respecto a algo y el espacio mismo no es más que un juego de relaciones que se extiende a partir de una determinada perspectiva. Por lo tanto, tener identidad no es definirse independientemente de cualquier otra cosa, sino ubicarse en relación con las demás cosas (valores, objetos, personas...). Prueba de ello es que ante la pregunta ¿quién? se despliega una red, un entramado en base al cual la pregunta puede ser respondida. Dice Taylor: "Ser competente como alguien que potencialmente puede ser objeto de esa pregunta es ser un interlocutor entre otros, alguien que posee su propio punto de vista o un papel que desempeñar y que puede hablar por sí mismo" y más adelante "...nos inclinamos a hablar de nuestra orientación fundamental en términos de quiénes somos (...) Y esa orientación, una vez conseguida, define el lugar desde el que respondes, es decir, tu identidad." (Taylor, 1996, p.45). Notemos que se habla de ser "interlocutor válido" o tener un "papel que desempeñar", es decir, la identidad se forja en un marco comunicativo y social. Se puede decir que la identidad sólo es posible cuando es posible la pregunta por la identidad, en otras palabras, cuando media el lenguaje. El contexto social y lingüístico proporciona los puntos de referencia necesarios para la respuesta. Una parte de la respuesta es histórica: hay lo que el autor llama marcos referenciales, estructuras que preexisten y que proporcionan valores y creencias respecto de las cuales nos orientamos. Si estar orientado supone conocer la dirección en la que nos movemos, conocer la meta, entonces una parte de la identidad reside en poder responder a la pregunta ¿de dónde venimos?. Otra parte de la respuesta está relacionada con el papel que desempeñamos y nuestro lugar de interlocutores: la respuesta a la pregunta ¿dónde estamos situados? Pero también surge la pregunta asociada con la dimensión religiosa: ¿hacia dónde vamos? La pregunta por nuestra meta, lo que podríamos llamar el sentido de la vida, es parte también de la respuesta. Vemos entonces que tener identidad es darle sentido a la vida; ver el presente a la luz del pasado y del futuro. La metáfora espacial se transforma entonces en un tránsito temporal. Somos lo que hemos llegado a ser y estamos allí por lo que queremos llegar a ser. Esto no significa la predeterminación de un destino, sino lo que Ricoeur llama el "encadenamiento de una vida", en el sentido de enlace de un momento con otro (Ricoeur, 1999, p216). Identidad es también necesidad de coherencia, es decir, de dar sentido. Se hace evidente entonces que la identidad requiere del relato. Sólo el lenguaje puede traernos el pasado y el futuro y apresar el presente. "...como ser que crece y deviene, sólo puedo conocerme a través de la

historia de mis maduraciones y regresiones, de mis victorias y derrotas. La comprensión que tengo de mí mismo necesariamente tiene una profundidad temporal e incorpora la narrativa.” (Taylor, 1996, p.67). En este punto se presenta la aporía señalada por Ricoeur: ¿cómo es posible mantenerse el mismo cuando la identidad se transforma en un concepto relacional atado a nuestro devenir personal? “...el nombre propio se aplica a la misma cosa en sus diversas ocurrencias (...) Ahora bien, la experiencia del cambio corporal y mental contradice dicha mismidad” (Ricoeur, 1999, p.217). En la misma línea que Taylor que, como señalamos, atribuye a la tradición filosófica la idea del yo como entidad desligada de los marcos referenciales, Ricoeur presenta la paradoja como el resultado de una concepción filosófica errónea: la idea de sustancia. La sustancia, ese sustrato que permanece idéntico a través de los cambios, ha sido el supuesto básico de la realidad. En esta concepción la identidad es vista como una forma de la permanencia. Nos preguntamos entonces si es posible conciliar el ser y el devenir (eterno problema) o si la paradoja es irresoluble. Ricoeur afirma que es posible una conciliación y nuevamente el relato puede auxiliarnos y actuar como mediación entre cambio y permanencia. Qué es lo que dice un sujeto cuando afirma “no soy nada”? Dice Ricoeur: “Al expresar de este modo el grado cero de la permanencia, ‘no soy nada’ pone de manifiesto la completa inadecuación de la categoría de sustancia y de su esquema, la permanencia en el tiempo (...) Numerosos relatos de conversión dan fe de esas noches de la identidad personal. En esos momentos de completo despojamiento, la respuesta nula a la pregunta ‘quién soy’ remite, no a la nulidad, sino a la desnudez de la propia pregunta.” (Ricoeur, 1999, p. 229). Ahora bien, cómo opera el relato esta mediación es el tema que nos ocupará a continuación. El relato en acción: el conocimiento de sí “...la narrativa, incluso de ficción, da forma a cosas del mundo real y muchas veces les confiere, además, una carta de derechos en la realidad.” (Jerome Bruner) Es evidente que todo relato da cuenta de una serie de transformaciones. Si esto no fuera así, se destruiría como tal: donde nada sucede, nada es narrado. El tiempo es una forma del movimiento. Hacen falta como mínimo dos estados sucesivos y diferentes para poder narrar. No hay duda, sin embargo, de que hay entre estos estados una conexión (hablamos antes de conexión o encadenamiento de una vida) de modo que el relato lleva de un estado inicial a uno final a través de una cadena de transformaciones. Este encadenamiento no es necesario. Otra podría ser la secuencia, otros los episodios seleccionados, pero otra también sería la historia. Hay, entonces algo que da a cada secuencia su carácter unitario y eso es, según Ricoeur, el personaje. Pero el personaje que aquí se transforma y es la constante que da identidad al relato, no tiene por eso carácter sustancial. El personaje es quien se transforma en el relato. A la pregunta ‘¿quién soy?’ del personaje, se contesta con la trama, con las “peripecias” que hacen avanzar el relato. En este punto la identidad del personaje “sólo puede ser el estilo unitario de las transformaciones subjetivas reguladas por las transformaciones objetivas que obedecen a la regla de completud, de la totalidad y de la unidad de la trama” (Ricoeur, 1999, p.221) Una dialéctica parte-todo que va de la trama al personaje y del personaje a la trama constituye el nudo de la identidad desde un punto de vista no sustancial. Es por eso que la respuesta nula a la pregunta ¿quién? nos remite a la desnudez de la propia pregunta porque en el relato no remite a un invariante sino a la pura posibilidad. Y no sólo porque el futuro aún nos es desconocido, sino también porque la reconstrucción del pasado, que sólo la historia hace posible, es una creación abierta. “El Yo -afirma Bruner- es probablemente la más notable obra de arte que producimos en momento alguno, con seguridad la más compleja. Puesto que no creamos un solo tipo de relato productor del Yo, sino gran cantidad...” (Bruner, 2003, p. 30). Hay en todo relato, tanto en el literario como en el de la propia vida, una selección, varias elecciones.

Las historias siempre son construidas desde alguna perspectiva. Y siempre suponen una selección, un recorte. El carácter unitario de la trama y la posibilidad de narrar están dadas por la posibilidad de omitir y de reformular. Bruner señala que el relato de la muerte de su padre que puede hacer hoy no es el mismo que el que podría haber hecho hace diez años o en el momento en que sucedió. La perspectiva cambia y también los hechos significativos que se encadenan en la historia de nuestras peripecias. Todo relato es una dialéctica entre lo que se esperaba y lo que sucedió. Y esta segunda dialéctica constituye también la identidad. Existe lo que Bruner llama un componente subjuntivo en la respuesta a la pregunta ¿quién?. Soy también el que proyecto ser: “Mediante la narrativa construimos, reconstruimos, en cierto sentido reinventamos, nuestro ayer y nuestro mañana. La memoria y la imaginación se funden en este proceso.” (Bruner, 1999, p. 130). Por eso no hay una única historia, sino varias versiones del yo. El camino del auto-conocimiento, la búsqueda de la identidad, está relacionada sin dudas, con la conjunción de esas versiones: las nuestras, las de los otros, las del pasado y las del futuro. Precisamente la tercera dialéctica que constituye el relato y que media en la identidad narrativa es la que se da entre yo y los otros. Bruner habla de la dialéctica entre la autonomía y el compromiso con los demás. Relatar es ya en cierto modo entrar en el compromiso con los demás. Se enuncia para otros. Es la idea ya mencionada y presente en Taylor del yo como interlocutor y de la “urdimbre de la interlocución”. Aún los individuos más aislados enuncian su historia para alguien. Ahora bien, la dialéctica de la identidad narrativa origina siempre tensiones: entre lo que es y lo que podría ser; entre el pasado y el futuro; entre yo y los otros. Bruner considera que es esa tensión como el dramatismo propio de la historia. Un tiempo vivido se transforma en tiempo narrado para conciliar esas tensiones. La historia busca una distensión que consiga resolver el dramatismo. Es decir, da unidad y sentido a la vida. En cierto modo la propia historia es justificarse ante los otros. El caso Bill: el relato de un relato “En cierto sentido, este artículo es tanto mi elaboración de un duelo como una historia clínica, escrita con afecto y gratitud para alguien que jamás la leerá” (Masud Khan) El caso Bill es el relato de un relato. Como tal presenta dos perspectivas convergentes. Es el relato de una analista del relato de su paciente. Dos identidades se ponen en juego: la del narrador que narra y la del narrador que es narrado. La biografía de Bill se nos presenta a partir de su estado final, es decir, desde la disolución de todas las tensiones que pueden impulsar una vida: “Bill -dice el autor- murió el año pasado, luego de una breve enfermedad y un paro cardíaco. Tenía entonces 69 años y nos conocíamos desde hacía treinta y uno, como analista y como paciente/persona.” (M. Khan, 1991, p.254) Es a partir de ese punto final que la voz del analista reconstruye la historia. Una historia clínica, como dice el acápite de este apartado, pero escrita con admiración y afecto. Cosa extraña para una historia clínica y que recuerda la dialéctica señalada por Bruner entre yo y los otros que hace inevitable un compromiso vital con lo relatado. Y cuyo destinatario no podrá leer: es la historia del analista para el paciente. Por eso el texto de Khan no es sólo la historia de Bill, sino también la historia del propio analista. Notamos que Khan detalla anécdotas de su padre y momentos de su vida y que hace decir al analizado: “Por qué no escribe su autobiografía, en lugar de hacer que cada uno de nosotros, sus pacientes, tengamos que colacionar su biografía?” (M. Khan, 1991, p.273). Es, en definitiva, la historia de un diálogo del cual el trabajo que analizamos es la etapa final (termina con la muerte de Bill) y que tiene como antecedente otros dos trabajos del autor sobre el mismo paciente. “Yo- dice el autor- estaba decidido a no permitir que transformara el proceso analítico en un solemne monólogo de presentación de datos de un tipo u otro y me atribuyera la tarea de organizarlos mediante ‘notas al pie interpretativas’” (M. Khan, 1991, p. 264). La historia relatada

es una historia polifónica -qué historia no lo es- y cuyo objetivo es construir un relato aceptable del yo. De quién? En primer lugar, un relato que justifique el pasado de Bill en función de su futuro, pero también y en un segundo plano, que justifique la labor del análisis, la tarea del analista. En otras palabras, que justifique también la biografía del analista. Precisamente, saber cuál será esa versión modélica es la tarea del proceso terapéutico: “veamos si somos del tipo de personas que podemos tolerarnos mientras trabajamos para alcanzar una meta común, una meta que ni usted ni yo conocemos en este momento” (M. Khan, 1991, p.256). La dialéctica que se presenta en la historia de Bill está fuertemente centrada en la tensión entre el pasado y el futuro. La última etapa del proceso analítico de Bill muestra la imperiosa necesidad de conciliar lo que ha sido con lo que puede llegar a ser y de esa manera distender el dramatismo que la historia de Bill genera. La alusión del título a lo fatal y al destino remite justamente al sentimiento de predeterminación que domina al protagonista, de estar entregado a una voluntad ajena, de no ser dueño del futuro propio. La dimensión temporal está en él escindida, a tal punto que el autor dice que el tiempo para él no cuenta. Es ahora o nunca. Bill no se puede apropiarse de su futuro, es decir, Bill no puede narrar. Su historia de vida no puede proyectarse. No tiene futuro, es el destino fatal. Por eso Bill necesita un narrador, necesita quien lo narre. Quien le devuelva la dialéctica entre el pasado y el futuro, entre lo posible y lo dado, entre él y los otros. Y esto no es otra cosa que darle un sentido a la vida. En palabras de Taylor: ubicación en un marco de referencia que nos permita responder a las preguntas de dónde venimos y hacia dónde vamos. El relato que le devuelva la identidad. Bill formula claramente el problema de la articulación entre dos tiempos: puede un hombre con su pasado establecer una relación verdadera con un joven a una edad tan tardía?. Es decir, que la preocupación de Bill está relacionada con la posibilidad de articular su pasado, tal como su historia de análisis lo había consolidado, con su futuro. Ahora bien, el futuro que persigue es el de una relación verdadera, opuesto quizá a un falso pasado y a un futuro predestinado. Bill deposita en Khan la tarea de conciliar todas esas versiones de su yo. Necesita al analista como mediación para lograr el auto-conocimiento a través de otra versión de su yo. Las versiones que se confrontan en el análisis (la de Bill y la de Khan) se resuelven en términos de verdad y falsedad: en la versión del analista, Bill “había luchado para pasar de la fatalidad a un destino y en ese camino había existido a través de una organización de tipo “falso self” que funcionaba con eficacia en su campo de aventuras sexuales y así se había mantenido mínimamente alimentado como persona” (Khan, 1991, p. 266) A modo de conclusión, cabría preguntarse por qué esta versión del yo que permite a Bill armar un relato coherente de su vida y sobrevivir en ese momento es calificada como falsa frente a la nueva versión que el trabajo de análisis le devuelve (¿verdadera?). En qué consiste esa falsedad? Una respuesta posible es que, en primer lugar, la versión de Bill, su falso yo, inhibe su necesidad actual de proyectar un futuro con Kris. Necesariamente, como dijimos, la biografía justifica el futuro en función del pasado y recíprocamente, el pasado en función del futuro. En segundo lugar, elude la dialéctica autonomía-compromiso. Bill existía pero no vivía. Ocupaba el lugar del observador. Al cabo del análisis Bill pudo elegir su destino: “ha encontrado un propósito en el hecho de vivir y se ha convertido en persona” (M. Khan, 1991, p. 278) No cabe duda de que la historia de Khan es una historia con final feliz, una historia que justifica un trabajo y que muestra el compromiso con los otros: “Bill había muerto feliz” y “me dejó un legado: relatar nuestro ‘viaje’ compartido desde la predeterminación, el sufrimiento y la supervivencia, a través de las andanzas de su ‘falso self’ (...) hasta su destino como una persona que ha hecho una contribución creativa al conocimiento humano” (M. Khan, 1991, p. 278). El análisis está sin duda justificado.

BIBLIOGRAFÍA

- BRUNER, J. La fábrica de historias Bs. As., FCE, 2003.
- KHAN, M.; MASUD R.: “Neurosis de destino, falso self y destino. Notas clínicas: la fase final”, Revista de Psicoanálisis (APA, Argentina), 1986, Tomo XLVI, N° 2, pp. 253-280.
- RICOEUR, P. Historia y narratividad Barcelona, Paidós, 1999.
- TAYLOR, Ch. Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna. Barcelona, Paidós, 1996.